

ALIENACIÓN Y REDENCIÓN
EN *DIVINAS PALABRAS*

Enrique Moreno Castillo

ALIENACIÓN Y REDENCIÓN
EN DIVINAS PALABRAS



SEVILLA MMXIII

ILUMINACIONES

RENACIMIENTO

Colección ILUMINACIONES

(Filología, crítica y ensayo)

81

Director:
Antonio Fernández Ferrer

© Enrique Moreno Castillo
© 2013. Editorial Renacimiento

www.editorialrenacimiento.com

POLÍGONO NAVE EXPO, 17 • 41907 VALENCINA DE LA CONCEPCIÓN (SEVILLA)
tel.: (+34) 955998232 • editorial@editorialrenacimiento.com

Diseño de cubierta: Equipo Renacimiento

DEPÓSITO LEGAL: SE 1496-2013 • ISBN E-BOOK: 978-84-8472-883-2

Impreso en España • Printed in Spain

I



Divinas palabras, edición de 1920

TODA obra literaria dice algo acerca de la realidad, acerca del mundo y de la vida, o acerca de algo que acaso está más allá del mundo y de la vida. Toda obra habla, y consideramos que esa palabra que dice es lo más central de su realidad, el núcleo de su sentido. Pero sabemos también que esa palabra es siempre ambigua y fugitiva, y que no se deja decir ni apresar en ideas o en conceptos. La obra habla, pero lo hace de una manera silenciosa. No es posible traducir la pintura o la pieza musical y expresar con exactitud aquello que experimentamos en ella; tampoco podemos hacerlo con la obra literaria, la cual, aunque está hecha de palabras, no se deja aprehender por esas otras palabras que constituyen el lenguaje de la crítica y de la interpretación. Por eso, este discurso tiene siempre un carácter de tentativa y se sabe siempre llamado

al fracaso. Ilumina quizá su objetivo, pero de una manera parcial, provisional, incompleta. En el mejor de los casos dice algo acertado acerca de la obra, pero la obra como tal siempre es algo más; siempre, en última instancia, se le escapa.

Esto es aplicable a toda obra de arte. Y sin embargo, hay algunas que muestran de una manera más clara esa cualidad. No se trata, probablemente, de que la posean en más alto grado, sino de que, por oscuros motivos, en ellas se hace visible con más evidencia. Creo que esto le ocurre a casi todas las obras de Valle-Inclán. Sus novelas, sus dramas, irradian una belleza silenciosa y secreta. ¿Cuál es el designio que guió al autor, en torno a qué idea o intención se configuran estas creaciones? Ellas mismas permanecen mudas ante tales preguntas. Incluso un libro doctrinal como *La lámpara maravillosa* está hecho más de visiones y de imágenes que de sustancia intelectual. Por otra parte, la voz narrativa tiende en Valle-Inclán a ocultarse, a esconderse detrás de las representaciones del mundo, de los hechos narrados. Valle-Inclán ha dejado tras sí multitud de anécdotas y recuerdos que configuran una imagen de su personalidad; pero si su única huella fueran sus libros, poco sabríamos de su realidad humana, mientras que otros autores, como Unamuno o Baroja, parecen estar retratándose continuamente a lo largo de sus páginas. Y muchas veces, al pensar en Valle-Inclán, percibimos incluso una

especie de contradicción entre el personaje vociferante y atrabiliario que los testimonios de la época nos transmiten y la silenciosa plenitud de algunas de sus creaciones. Como no dejó una obra ensayística y sus artículos en periódicos fueron muy escasos, es uno de los pocos autores de la época cuyas entrevistas han sido reunidas y publicadas modernamente, así como incluso las reseñas de sus intervenciones públicas. Al leerlas, el admirador de su obra difícilmente puede evitar la sensación de que, en medio de un fárrago de arbitrariedades o de meras extravagancias, encuentra pocas ideas verdaderamente jugosas e interesantes. Contrasta en él la incapacidad especulativa con la formidable intuición estética. Valle-Inclán confía en las imágenes y en las formas, confía en la verdad que el mundo expresa cuando es percibido por una mirada contemplativa, que deja existir al objeto de su visión sin intervenir en él. De ahí lo que puede considerarse su esteticismo, la distancia que se abre entre lo descrito y narrado y la voz que describe y narra. El autor no participa activamente, sino que hace que las cosas hablen. A veces muestra las situaciones más dolorosas y crueles como si no le afectaran, como si no despertaran su rebeldía o indignación. Todo se da como más allá de la intención o de la idea, más allá de cualquier designio consciente y deliberado.

Entre todas las obras de Valle-Inclán, la que me parece más enigmática y huidiza es la que nos proponemos es-

tudiar en estas páginas. *Divinas palabras* es un drama de una belleza deslumbrante y de una originalidad que nos deja sin aliento a cada nueva lectura. En esta obra las cosas suceden de una manera contingente y discontinua, y al mismo tiempo todo se aparece como producto de una inexorable necesidad interna. Da la impresión de que cada suceso, cada momento de la acción, brota como un fruto maduro, sin necesidad de justificarse en la lógica de un desarrollo argumental, en el mecanismo de una peripecia. Los personajes se expresan en un lenguaje que jamás se ha hablado en ningún lugar ni en ninguna época y que sin embargo posee una eficacia dramática sin igual. Ese lenguaje artificioso e imposible tiene la belleza del hallazgo perpetuo, de aquello que, de una manera siempre inesperada, acierta cada vez en el centro del blanco.

Ese drama de muchedumbres abigarradas y de primitivismo campesino produce una sensación de belleza y de repugnancia al mismo tiempo. Nada hay en el mundo de *Divinas palabras* a lo que podamos sentirnos cercanos, con lo que podamos identificarnos. Todo es feo y desabrido, todo está hecho de ignorancia y desamparo. Pero al mismo tiempo ese mundo está iluminado por una luz milagrosa que, vedándonos toda posibilidad de ver la obra como testimonio realista o documento social, le confiere una atmósfera de misterio religioso. La acción va encaminada, de una manera más o menos vacilante y errática, hacia la escena

final, en la que el sacristán pronuncia las *divinas palabras*, las palabras de Cristo a la mujer adúltera, para contener a la multitud enfebrecida. Las dice en castellano y, al oírlas, los campesinos prorrumpen en burlas e insultos. Cuando las repite en latín, leyéndolas del misal que ha tomado del altar, la muchedumbre retrocede, entre temerosa y pacificada. Las palabras del perdón sólo han surtido su efecto cuando no han sido entendidas, cuando han sido pronunciadas en una lengua desconocida o, mejor, conocida pero incomprensible. ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Por qué un final tan extraño, tan sorprendente, confiere tal plenitud a esta obra? ¿Por qué nos parece que no podría tener otro desenlace, cuando al mismo tiempo es el más inesperado e indescifrable?

Con las observaciones anteriores quisiéramos dar idea de la situación desde la que nos ponemos a escribir estas líneas. *Divinas palabras* me parece una de las obras más grandes del teatro del siglo XX. Creo que es también una de las que más se evaden de cualquier intento de interpretación. Esa misma dificultad nos incita a ello. Y no con el objeto de conjurar su extrañeza o de disolver su enigma. En la medida en que nuestras ideas puedan ser atinadas y en que nuestro comentario llegue arrojar algo de luz, no habremos hecho sino contemplar ese enigma con más intensidad y mostrar con más evidencia su extrañeza y su hondura.

